

# EL TEMPLO DEL DIOS SOL EN LA ATLÁNTIDA

Relato de encarnación del prehistórico reino isleño - la Atlántida  
(12.000 años a. C) relatado por el espíritu Atze.

Surgido por clariaudiencia a través de la médium Bettina,  
en una sesión de un círculo privado en diciembre 1930

---



Ilustración tomada de Internet

DE lejanos e inmemoriales días surgen en mi mente – vagos, nebulosos-  
recuerdos. Pálidas, deslucidas imágenes, pálidas exangües figuras pasan por  
mis oteadores ojos. El pensamiento percibe el murmullo de los recuerdos.  
Lentamente se descorre el velo. Claridad, nítido colorido y belleza irradian las  
imágenes; formas y figuras surgen de las profundidades insondables del  
olvido. De súbito véome tal cual era en aquellos lejanos e inmemoriales días.  
Me veo yo, Atze, el Hijo divino, Sumo Sacerdote del Sagrado Templo del Dios  
Sol, Rey de Reyes y Soberano.

Escuchad, vosotros que deseáis saber sobre el uso y costumbres místicas,  
sagradas del pasado. Escuchad y oíd lo que yo, Atze, quiero contaros a  
vosotros, sobre lo que mis ojos avistan, quiero contaros a vosotros, sobre lo  
que mi pensamiento percibe del murmullo de los recuerdos. Mirad, os voy a  
contar sobre algunas costumbres, sobre algunos ritos sagrados, practicados  
en lejanos e inmemoriales días, para celebrar la mediación del Dios Sol con  
la Tierra, nuestra augusta Madre.

Escuchad y oíd:

Lejos de la tierra que os dió la crianza, en tiempos inmemoriales, había una inmensa, fértil, montañosa isla – bordeada de las aguas arrulladoras del mar – mi Isla natal, mi Reino. Enormes regiones, campiñas de abundantes cosechas, verdes parajes, maravillosos jardines de coloridas y fragantes flores y jugosas frutas; inmensurables bosques de espigada vegetación, de múltiple follaje, cubrían el territorio, cubrían algunas de las escarpadas montañas. Los habitantes del la isla – hombres y mujeres – eran hermosos, bellos de formas, bellos de figura, eran dignos, fuertes, ágiles, de piel atezada. Riqueza, belleza y regocijo dominaba por doquier, muy pocos eran pobres, muchos eran siervos.

El Castillo y la principal ciudadela del territorio estaban ubicados allí, donde la costa de la isla, bordeada por el mar, se extendía hasta el lugar donde el flamante Disco del Dios Sol, al amanecer despuntaba del dorado Portal del Cielo. El Castillo y la ciudadela estaban rodeados de altos, sólidos muros con torres y cuatro portones de cobre, ricamente decorados con doradas incrustaciones.

A poca distancia de los muros de la ciudadela, sobre una meseta revestida de verde frente a las escarpadas montañas, estaba el sagrado y maravilloso Templo del Dios Sol, había muchas bellas viviendas para los sacerdotes, para las sacerdotisas, para los servidores y servidoras del Templo. Gigantescas, pesadas columnas de piedra sostenían el maravilloso, majestuoso Templo en forma de terraza. Gigantescas, pesadas columnas sostenían la Torre superior de forma poligonal. El Templo y las viviendas estaban circundados de jardines profusos de flores, verdes praderas y espesos bosquecillos. Una cristalina, fresca corriente caía de las montañas a través de una bóveda de piedra, pasaba bajo los muros del Templo, se adentraba en el piso del Templo, hasta el externo pórtico abierto. De ahí la corriente atravesaba una hondonada, de la altura de un hombre en el piso del Templo, un rocoso acantilado; sus paredes estaban revestidas de repujadas láminas doradas. Desde esta profunda hondonada, la corriente pasaba debajo del borde extremo de la roca, corriendo por una pendiente bóveda rocosa, de allí se precipitaba al mar. En el pórtico menor, en la parte extrema de atrás del Templo, estaba el Altar del Dios Sol, una mole de piedra. En la superficie

superior del Altar estaba tallada una cavidad, en esta cavidad había una paila de cobre dorada, circundando el incandescente, débil flameante Fuego. El símbolo de la pureza del Dios Sol, el símbolo del poder depurador y purificador del Fuego.

Escuchad y oíd:

En el peldaño superior de las escaleras del Templo, delante del portal de entrada, había un séquito de sacerdotes vestidos con blancas túnicas de lino, de manga larga, de pliegues que caían hasta los pies, bordeadas de orlas verdes cosidas. Hebillas doradas, adornadas con resplandecientes piedras preciosas verdes, abrochaban la túnica a la altura de los hombros. Callados, erguidos y serenos miraban al frente hacia la cima de las rocas revestidas de verde, miraban al frente hacia las muchas viviendas. Delante del séquito de sacerdotes estaba Atze, el Hijo divino, el Rey de Reyes, el Supremo Sacerdote. Igual que los sacerdotes, Atze iba vestido de una túnica blanca de lino, adornada de anchas orlas. A la altura de los hombros, hebillas doradas, adornadas con resplandecientes piedras preciosas rojas, abrochaban la túnica. El ondulado pelo blanco caía suavemente sobre la noble frente. Un aro dorado, con piedras preciosas rojas fulgurantes bordeaba el blanco pelo, bordeaba la amplia frente. Atze era noble; su figura era esbelta y digna; su rostro severo, imberbe, surcado, bien rasurado. Penosamente se apoyaba a un báculo con muchas incrustaciones doradas. Silencioso, sereno miraba abajo hacia la ciudadela, miraba abajo hacia el Castillo.

De súbito se oyen suaves tonos; un coro de voces masculinas, unas profundas, otras, de alta, rítmica sonoridad. Atze vuelve su rostro hacia las viviendas más cercanas. Las anchas hojas del portón se deslizan hacia las paredes del muro. Aparece un séquito de servidores del Templo, vestidos con túnicas blancas, largas, de manga corta, sin adornos, sin joyas. Dos y dos suben cantando por los incontables peldaños del Templo. El coro de los cantores aumenta en intensidad y nitidez. Despacio y rítmicamente andan por el estrecho y ascendente camino. Delante del séquito de servidores se destaca un esbelto joven, de rostro, formas y figura resplandecientes. Densos y ondulados rizos caen por la límpida frente, caen sobre el noble rostro. Una bata oscura hasta las rodillas, sin adornos ni joyas cubre la

esbelta figura. Desnudos están sus brazos, desnudas están sus piernas; sandalias de madera calzan sus pies, atadas con suaves y delgados cordones. Digno, erguido, sereno, camina hacia el séquito de servidores. Sus ojos miran arriba hacia el Templo, miran hacia la alta figura de Atze. Los ondulantes, rítmicos, arrulladores, bellos tonos del cántico se oyen más y más altos, más y más intensos. Lentamente sube el séquito por los innumerables peldaños del Templo.

Entonces el joven se para frente a Atze. Lentamente levanta las manos y brazos bellamente formados y los cruza sobre su pecho, se inclina profundamente ante Atze, el Sumo sacerdote del Dios Sol. Atze posa su mano sobre la cabeza del joven. Atze deja oír su clara, matizada voz plena de tonalidades a los sacerdotes, al séquito de servidores: "Airun, itodo está preparado! ¿Quieres prestar tu cuerpo, por corto tiempo, para morada del Dios de la Fertilidad, del Todopoderoso Padre de toda vida?" En ese momento el bello joven se yergue fijando la mirada en los ojos interrogantes de Atze. Su respuesta suena intensa y sonora: "¡Estoy preparado!" "Voluntariamente presto mi cuerpo por corto tiempo, para morada del Padre de toda vida, del Soberano del Cielo." Entonces dice Atze: "Ven, todo está dispuesto". Atze toma la mano tendida de Airun y lo lleva adentro, a la parte delantera del abierto pórtico, lo lleva a la profunda hondonada del piso del Templo, lo lleva al dorado acantilado. Todos los sacerdotes, todos los servidores los siguen lentamente. Nuevamente habla Atze: "Aquí tu cuerpo habrá de ser depurado, limpiado de todas las pasiones terrenales, habrá de ser limpiado de todo pecado, de toda codicia terrenal. Las aguas fluyentes eternas, habrán de limpiar tu cuerpo, de modo que sea digna morada del Soberano del Cielo"

Dos servidores se adelantan hacia Airun, lo despojan de la oscura bata, lo despojan de la bata interior de lino, de los pantaloncillos y de las sandalias de madera. Lentamente Airun baja los peldaños del acantilado. Un servidor tiende la mano para darle apoyo. Lentamente Airun se sumerge en las cristalinas, frescas aguas de la corriente eterna. Lentamente emerge su cabeza a la orilla del acantilado. Digno, esbelto, sereno sale por las hileras de peldaños. Los servidores están listos con mantos de lino, secan la humedad de su hermoso cuerpo, secan la humedad de su bello rostro. Luego ungen su cuerpo, ungen sus espesos rizos con aceites suaves, aromáticos y costosos.

Luego le colocan unos pantaloncillos blancos, una bata interior blanca de lino. Por último, los servidores visten a Airun con una túnica sin mangas, dorada y radiante, abrochada a la altura de los hombros con anchas hebillas doradas, adornadas de piedras preciosas amarillas resplandecientes. Un ancho aro dorado, con piedras preciosas amarillas fulgurantes, colocan alrededor de su amplia frente por los densos rizos. Cadenas de oro, joyas de oro ponen alrededor de su delicado cuello, ponen en sus bellos brazos. Blandas sandalias de cuero atan a sus pies con anchos, suaves cordones, adornadas con resplandecientes piedras preciosas amarillas. Maravilloso se ve. La bella y digna figura de Airun transformada en una digna morada del Soberano del Cielo.

Atze toma la mano del joven, lo conduce al interior del pórtico, lo conduce hacia el Altar del Dios Sol. Al suave cántico del coro, los sacerdotes, los servidores siguen a Atze y a Airun; dos y dos caminan juntos. En el piso, delante del Altar – en cojines puestos allí – Airun se arrodilla, cruza las manos y los brazos sobre el pecho. Delante de él hay una paila dorada de cobre soportada sobre un mueble de tres patas, en la paila arden yerbas soporíferas. Airun dobla la cabeza sobre la paila inhalando los vapores soporíferos. A su lado están dos servidores. Tras él, está Atze. Los sacerdotes forman un semicírculo alrededor del Altar con el incandescente, débil, flameante Fuego. Tras el semicírculo de los sacerdotes están los servidores, formando un externo semicírculo.

Atze extiende sus manos hacia el fuego del Altar. Su voz resuena clara, suplicante en la enorme estancia: "Señor de las Alturas, Dios de la Fertilidad, Padre de toda vida, mira, ¡ite hemos preparado una morada! ¡Desciende de las Alturas del Cielo!, ¡Bendice nuestra Tierra! ¡Bendice nuestras mujeres! ¡Bendice nuestros campos! ¡Bendice nuestros animales! Da a todo, da a todos la Fuerza de la Fertilidad, para que todo y todos sea fértil, ¡ise multiplique en abundancia! Señor de las Alturas, Dios de la Fertilidad, Padre de toda vida, escucha nuestro ruego, escúchanos. Desciende a nuestra Tierra, descende de tu Alto Cielo" Mirad, entonces el cuerpo arrodillado de Airun se tambalea, lentamente se desploma sobre los suaves cojines. Entonces los dos servidores agarran el cuerpo desplomado, lo levantan y lo llevan al aireado pórtico de la parte externa. Los servidores colocan el cuerpo de Airun en el majestuoso Trono del Dios Sol, sientan el cuerpo de Airun

sobre los blandos y dorados cojines del Trono. Lentamente le abanicán la suave frescura de los vientos. El séquito de sacerdotes forma un semicírculo por los peldaños del Trono. Adelante, en el peldaño más bajo del trono está Atze, apoyándose pesadamente en su báculo. Tras los sacerdotes, los servidores forman un semicírculo externo. Nuevamente la sonora voz de Atze, suplicante, clamando resuena en la enorme estancia: "Señor de las Alturas, Dios de la Fertilidad, Padre de toda vida, mira, tu morada ha sido preparada. Escucha nuestro clamor, desciende a nuestra Tierra, fertiliza toda vida"

De súbito entra un rayo dorado desde el Ojo solar oeste del muro del Templo. Dorado fulgor brilla sobre la pálida frente de Airun. El cuerpo de Airun se yergue por el alto espaldar del Trono. Lenta y pesadamente abre los párpados, somnoliento mira hacia Atze, el Sumo Sacerdote del Dios Sol. Un servidor se adelanta y acerca una vasija de reconfortantes yerbas aromáticas a los labios de Airun. Airun bebe todo su contenido. El servidor, coge otra vez la vasija y retrocede, colocándose tras el alto espaldar del Trono. Por un instante, Airun queda sentado tranquilo, mirando la majestuosa estancia del Templo, somnoliento, callado. Entonces, se levanta, digno, esbelto, sereno. En ese mismo instante, los sacerdotes se inclinan, todos los servidores se inclinan, cruzando las manos y brazos sobre el pecho, doblados profundamente sobre la depresión del piso. Sólo Atze queda de pie. Entonces coloca su báculo en el peldaño del Trono, cruza las manos y los brazos sobre el pecho, se inclina ante la figura resplandeciente al pie del Trono. Alto, digno, maravilloso se ve Airun subir lentamente hasta el peldaño superior del Trono. Lentamente alza sus manos, las posa sobre la cabeza inclinada de Atze. La voz sonora, clara y de autoridad resuena sobre los sacerdotes, sobre el séquito de servidores: "Mirad, he llegado, yo, el Padre de toda vida, el Soberano del Cielo. Todo ser viviente voy a bendecir. Todo ser viviente voy a multiplicar mediante la poderosa Fuerza de mi Fertilidad". Atze yergue su figura doblada. Su voz alta, clara, jubilosa y sonora repercute en la majestuosa estancia: "Señor de las Alturas, Soberano del Cielo, Padre de toda vida, Glorioso Novio de toda la Tierra, te saludamos, te damos la bienvenida".

Lentamente, erguido, sereno, Airun baja por los peldaños del Trono. Atze toma su dorado báculo, le tiende la mano a Airun, lo lleva por el Portal del

Templo, lo lleva por los incontables peldaños del Templo afuera, por la verde pradera revestida de vegetación entre el Templo y el bosquecillo del Templo. Dos y dos camina el séquito de sacerdotes bajo los tonos rítmicos, suaves del cántico del coro, tras las dos figuras adelante – Airun y Atze. El séquito de los servidores queda en el peldaño superior de las escaleras del Templo. Airun y Atze se paran en medio de la verde pradera. El cántico enmudece. El séquito de sacerdotes forma un semicírculo alrededor de Airun y Atze.

De súbito suenan claros tonos de júbilo. Todos miran al frente hacia la bella vivienda de la sacerdotisa del Templo. Las anchas hojas del portal se abren de par en par, saliendo la sacerdotisa superior, vestida de un blanco traje, sin mangas, con pliegues. Una dorada orla bordea la blanca túnica. Un aro dorado bordea su frente sobre sus blancos rizos. Le sigue una fila de sacerdotisas, una tras otra, avanzan. Todas las sacerdotisas llevan largas vestiduras blancas, de muchos pliegues, sin mangas, sin adornos ni joyas. Tras ellas – una tras otra – van siete bellas jóvenes vestidas con túnicas blancas, sin mangas, largas hasta las rodillas, adornadas de flores, con collares y brazaletes dorados. Sandalias doradas atadas a los desnudos pies, atadas a las desnudas piernas con cordones suaves y dorados. Tras las siete bellas jóvenes camina una fila de sacerdotisas, una a una avanzan. Los tonos claros, intensos, jubilosos resuenan. Lentamente, con bello ritmo, avanzan todas las mujeres hacia la verde pradera revestida de vegetación. Lentamente forman un semicírculo alrededor de Airun y Atze. Lentamente, con bello ritmo, las mujeres se unen al semicírculo de los sacerdotes. El Disco Solar, el magnífico símbolo del Dios Sol queda formado.

Enmudecen los claros, jubilosos y sonoros tonos. Atze lleva a Airun hacia las siete bellas mujeres adornadas de flores. Atze levanta su mano; sus palabras sonoras y claras se escuchan sobre los séquitos reunidos: "Señor de las Alturas, Dios de la Fertilidad, Padre de toda vida, elige tu Novia" Erguido, sereno se adelanta Airun hacia la fila de mujeres. Sus ojos buscan las jóvenes mujeres, una tras otra. Entonces tiende su mano hacia la más joven, hacia la más bella de las siete. La novia elegida sale de la fila de mujeres. Lentamente levanta ella sus manos y brazos bien formados, los cruza sobre su busto, se inclina profundamente ante Airun, el Soberano del Cielo, el Padre de toda vida. Sus moduladas palabras dicen: "Señor de las Alturas, Soberano del Cielo, estoy dispuesta". Airun toma su mano levantada. El

semicírculo de las mujeres se abre. Mano en mano avanzan el Novio y la Novia, seguidos de Atze, seguidos de la sacerdotisa superiora, adentrándose en el denso bosquecillo. Lentamente se dirigen a la recámara nupcial, hacia la magnífica vivienda. Fuertes columnas de piedra sostienen los muros de la vivienda, sostienen la bella superficie del techo. Las radiantes y amplias hojas del portón vuelven a plegarse contra las paredes del muro. Delante de la entrada están dos servidores portando ardientes, aromáticas teas.

Entonces Atze y la sacerdotisa se colocan frente a Airun, frente a la bella novia, se inclinan profundamente ante ambos. La voz de Atze se escucha suave, clara y sonora: "Aquí en la sagrada Recámara habéis de reposar hasta que el primer rubor del alba anuncie la aparición del flamante Disco solar del dorado Portal del Cielo. En el instante que el primer rubor del alba aparezca en la Bóveda celeste, debéis separáros. En ese momento os llevaremos fuera de esta recámara. Descansad en paz hasta el primer rubor del alba.

Tomados de la mano, Airun y su bella novia entran en la magnífica Recámara adornada. Dorados y resplandecientes tapices colgantes cubren las desnudas y frías paredes, alfombras cubren el frío piso de piedras. Suaves cojines bordados en hilos de oro dispersos alrededor del ancho banquillo cóncavo de piedra. Sujeto al cielorraso de la recámara cuelgan preciosas vasijas de barro, de cadenas doradas, adornadas de incrustaciones doradas. El compartimiento doble del interior de las vasijas arde con claras, fulgurantes llamas. En la parte trasera de la Recámara hay un lecho cubierto de lino y decorado con flores. Nuevamente se inclina Atze, nuevamente se inclina la sacerdotisa ante Airun, se inclinan ante la bella novia, retroceden y se retiran. Tras ellos se cierran silenciosas las hojas del portón. Lentamente, acompañados de los dos portadores de teas, caminan de vuelta al sagrado Templo del Dios Sol.

Atze se adelanta hacia el peldaño del Trono; se vuelve hacia los sacerdotes, sacerdotisas, servidores y servidoras congregados, con voz sonora dice: "El flamante Disco solar del Dios Sol ha descendido de la Bóveda del Cielo, ha descendido al reposo nocturno. Volved a vuestras viviendas, la Fiesta solar ha terminado".



Cuando los primeros débiles rubores de la Bóveda Celeste anuncian la proximidad del Disco solar luego del descanso nocturno, Atze y la superiora de las sacerdotisas caminan a través del bosquecillo hacia la Recámara nupcial. El vicesacerdote del Templo, los sigue portando la ardiente, aromática tea. Atze se adelanta hacia el amplio portón, coloca su mano sobre el dorado símbolo del Dios Sol, lo gira sobre su eje. Silenciosamente se abren las amplias hojas del portón de par en par. Atze y la sacerdotisa se paran delante de los gruesos, dorados tapices colgantes, que cubren la entrada a la Recámara nupcial. Con voz alta y sonora Atze dice: "El momento ha llegado, los primeros rubores del alba anuncian la inmediata aparición del Disco Solar en la Bóveda del Cielo". Airun responde: "Estamos listos". Momentos después, la voz sonora e insistente de Atze se oye de nuevo: "Los primeros rubores del alba anuncian la inmediata aparición del Disco Solar en el Portal dorado del Cielo". Airun, responde: "Ya vamos"

Mirad, entonces los pesados y dorados tapices colgantes se abren lentamente. Tomados de las manos están Airun y su novia esperando lo que había de suceder. Atze y la sacerdotisa se inclinan ante Airun, se inclinan ante la bella joven mujer. Silencioso Atze tiende la mano a Airun, lo lleva fuera de la recámara. Silenciosa la sacerdotisa tiende su mano a la joven mujer. Silenciosos caminan a través del espeso bosquecillo, acompañados del vicesacerdote, que llevaba la ardiente, aromática tea.

En el momento que se adentran en la verde pradera cubierta de hierba, la joven mujer se arroja a los pies de Airun, coloca sus hermosos brazos alrededor del cuerpo de Airun y exclama: "Airun, Augusto Señor, quédate conmigo, no me abandones. Llévame contigo a tu Glorioso Reino". Airun se inclina hacia la arrodillada mujer, la levanta, y la oprime contra su pecho. Suave y tierna suena su voz: "El momento ha llegado, mi reposo ha llegado a su fin. Nunca olvides nuestro hermoso encuentro, recuérdame con alegría, sin dolor, sin lamentos. Lejos de tí, estaré en tu cercanía. Cuando llegue el momento, lleva a mi hijo al sagrado Fuego del Altar, colócalo en los dorados Cojines del Trono. Mi bendición te acompaña". Silenciosa y amorosa la sacerdotisa retira la joven mujer, de Airun, la conduce a la vivienda, que habría de ser su alojamiento hasta el momento, cuando el Hijo del Dios Sol pudiera ser llevado al sagrado Fuego del Altar del Templo, cuando el Hijo del Dios Sol pudiera ser sentado en los dorados cojines del Trono.

Silenciosos suben Airun, Atze y el vicesacerdote por los numerosos peldaños del Templo. Silenciosos entran al interior del pórtico. El sacerdote coloca su tea en el ancho aro de cobre en el muro de piedra al lado del Altar. Airun se arrodilla en los cojines allí puestos, cruza sus brazos sobre el pecho, se inclina profundo sobre la vasija de tres pies con vapores soporíferos. A su lado están Atze y el sacerdote – silenciosos, serenos. De súbito cae un ancho, dorado rayo del lado este del Ojo Solar del muro sobre el débil, incandescente Fuego del Altar, sobre la cabeza inclinada de Airun. El Fuego del Altar emite chispas cada vez más intensas, más claras. El cuerpo de Airun tambalea, lentamente se desliza al suelo sobre los cojines allí puestos. Silencioso y sereno está Atze. Silencioso y sereno está el sacerdote. Entonces prestos se inclinan hacia el cuerpo desplomado. Lo levantan, prestos lo llevan en andas hacia el amplio, cóncavo banquillo de piedra al lado del Altar. Prestos despojan el cuerpo de Airun de la dorada túnica, de los dorados collares y joyas, del dorado aro de la frente, adornado con las fulgurantes piedras preciosas. Sólo le dejan puesto la bata interior y los pantaloncillos. Atan el cuerpo sin vida con suaves y amplias cintas, de los hombros a los pies. Silenciosos y prestos llevan el cuerpo de Airun del pórtico externo al dorado acantilado, allí colocan el fardo a la orilla del acantilado. Presto el sacerdote se despoja de su vestidura y baja al acantilado, tiende sus brazos hacia el cuerpo sin vida. Silencioso Atze empuja el cuerpo hacia la orilla del acantilado. El sacerdote lo agarra, de la cabeza lo lleva por la amplia bóveda de piedra, que conduce la corriente de la montaña, que desciende eternamente hacia las arrulladoras aguas del mar. Presto empuja el cuerpo más y más mar adentro. El cuerpo de Airun se desliza afuera a través de la bóveda de piedra. Presto el sacerdote sube por los peldaños del acantilado, se frota el cuerpo sacudiendo el agua que le chorrea. Presto se coloca su despojada vestidura.

Silencioso, Atze camina apoyándose pesadamente en su báculo saliendo por el pórtico, Atze baja los peldaños del Templo hacia la orilla extrema de la superficie de las rocas cubiertas de verde. Apoyado en su báculo mira hacia el resplandeciente y ardiente Disco solar. Otea las arrulladoras aguas. Entonces divisa el cuerpo sin vida de Airun, arrullado suavemente por las deslizantes olas del mar. Lentamente el mar lo arrulla hacia playas desconocidas. De súbito se sumerge bajo la espesa superficie. Airun desaparece para siempre.

Atze camina de vuelta al interior del pórtico del Templo, se coloca delante del eternamente, débil flamante Fuego. El vicesacerdote del Dios Sol se adelanta y se coloca en el peldaño superior de las escaleras del Templo. Sostiene en alto con sus manos dos dorados y brillantes platillos de cobre. Lenta y rítmicamente los golpea uno contra otro. Los golpes retumban sonoros en la hermosa paz matutina. Mirad, entonces se deslizan las amplias hojas de los pórticos de las muchas viviendas, se abren de par en par. Salen los sacerdotes del Templo, las sacerdotisas, los servidores y las servidoras. De dos en dos suben por los numerosos peldaños del Templo. De dos en dos se adentran en el interior del pórtico del Templo hacia el Altar del Dios Sol. Allí forman los muchos semicírculos, uno alrededor del otro. Las mujeres en hileras atrás. Atze vuelve su rostro hacia la multitud. Su voz baja y emocionada llega a la gran congregación: "Escuchadme todos. Escuchadme cada uno de vosotros. En el momento que los dorados, amplios rayos del Disco solar cayeron sobre el eternamente flamante Fuego del Altar, cayeron sobre la inclinada cabeza de Airun, entonces el Augusto Señor del Sol abandonó el cuerpo de Airun, entonces, el Soberano de toda la Tierra regresó a las Alturas, a su Glorioso Cielo. En el mismo instante Airun se levantó de los dorados cojines del piso del Templo. Lentamente salió de los atrios del Templo, lentamente bajó los peldaños del Templo, hacia la orilla extrema de la roca. Aquí, se arrodilló, tendió sus manos y brazos hacia el incandescente, flamante Disco solar. Entonces, de súbito una enorme mano bajó de la Bóveda del Cielo. La mano elevó a Airun de la superficie de la roca, lo llevó hacia las arrulladoras aguas del mar, lo llevó hacia el creciente, resplandeciente Disco solar. Entonces, incliné mi cabeza profundamente por la maravillosa visión. Cuando levanté de nuevo mi cabeza, Airun había desaparecido. El cuerpo, que por corto tiempo había sido la morada de la radiante Gloria del Dios Sol, ya no estaba, había desaparecido. El Augusto Señor del Cielo se lo llevó, lejos de las inmundicias de toda la Tierra, lejos del pecado y las pasiones de toda la Tierra".

Atze calló. Entonces todos se arrodillaron en el piso de piedra del Templo, cruzaron las manos y los brazos sobre el pecho, se inclinaron profundamente hacia el incandescente, débil flamante Fuego. De todos los labios sonaron las palabras: "Poderoso es el Señor del Cielo, poderoso es el Señor de la Tierra. Nos inclinamos en la profundidad del polvo ante tu Gloria, nos inclinamos profundamente ante tu Poder, ante tu Sabiduría..."

---

Lentamente se corre el velo. Las imágenes, formas, figuras se tornan de nuevo pálidas, deslucidas, exangües. Las imágenes, formas, figuras se deslizan de vuelta a las profundidades insondables del pasado. Los murmullos de los recuerdos llegan a su fin.

Atze ha hablado.

---

Traducido al español por  
Esneda Olsen  
Copenhague, junio 2010